

COMUNIÓN Y PROFECÍA:

APORTACIÓN DE LA VIDA RELIGIOSA A LAS NUEVAS FAMILIAS CARISMÁTICAS

Antonio Botana fsc

Sumario: Ponencia presentada en la jornada de Vida Consagrada celebrada en la Facultad de Teología de Granada con motivo del inicio del año dedicado a la Vida Consagrada. En ella el autor reflexiona sobre la eclosión que están viviendo las nuevas familias carismáticas en la Iglesia y la relación que pueden establecer con la vida consagrada. En el trabajo se propone que ésta sea corazón y memoria, aportando a la nueva realidad eclesial su capacidad de comunión y profecía.

Summary: A communication offered at the day-conference of the Consecrated Life, which took place at the Faculty of Theology of Granada (Spain), on the occasion of the beginning of the year dedicated to the Consecrated Life. In it, the author reflects on the bloom which the new charismatic families are enjoying in the Church, and the relation they may establish with the consecrated life. In this work, it is proposed that this relation may be heart and memory, bringing to this new ecclesiastic reality, its capacity for communion and prophecy.

Palabras clave: vida consagrada, nuevas familias carismáticas, Iglesia, comunión, profecía.

Key words: consecrated life, new charismatic families, Church, communion, prophecy.

Fecha de recepción: 15 noviembre de 2014

Fecha de aceptación y versión final: 30 enero de 2015

1. La novedad de las familias carismáticas

Las nuevas Familias carismáticas son hoy una realidad en la Iglesia. El calificativo “nuevas” nos recuerda que ha habido ya otras Familias carismáticas en la Iglesia. Las ha habido desde muy antiguo. Los grandes carismas fundacionales han sido siempre como árboles frondosos, que no se contentan con producir una rama: han dado lugar a diversas congregaciones religiosas, a las terceras órdenes seculares y a otros grupos de vida cristiana.

Hoy hablamos de “nuevas Familias carismáticas” refiriéndonos, no solo a aquellas que se están formando en torno a carismas recién aparecidos en la Iglesia, sino también a las que están animadas por carismas de larga tradición. La novedad les viene, a unas y a otras, del nuevo ecosistema eclesial en el que desarrollan su vida, en el que establecen las relaciones internas entre sus miembros, y de estos con la misión que la Familia desempeña en la Iglesia.

Es la Iglesia-Comunión, impulsada por el Concilio Vaticano II. En ella, dice *Christifideles laici*,

“los estados de vida están de tal modo relacionados entre sí que están ordenados el uno al otro. Ciertamente es común –mejor dicho, único– su profundo significado: el de ser modalidad según la cual se vive la igual dignidad cristiana y la universal vocación a la santidad en la perfección del amor. Son modalidades a la vez diversas y complementarias, de modo que cada una de ellas tiene su original e inconfundible fisonomía, y al mismo tiempo cada una de ellas está en relación con las otras y a su servicio.” (ChL 55.3).

Notemos en qué se basan las relaciones que se desarrollan entre los seres vivos de este ecosistema: la igual dignidad cristiana y la universal vocación a la santidad. El camino hacia la perfección en el amor no es exclusivo de algunos o de un estado de vida. Cada uno en su propio estado de vida está llamado a seguir ese camino.

En la Iglesia-Comunión la misión es única, y es compartida por todos. Y así es en las nuevas Familias carismáticas: la misión es responsabilidad de todos y todos la comparten en diversas formas (cf ChL 15.1). No se trata de que unos, los seglares, colaboren con otros, los religiosos/as, en la misión del Instituto, sino que unos y otros comparten la misión de la Iglesia desde el carisma común.

Y esta es la tercera novedad que la eclesiología de comunión está todavía desarrollando, y de la cual las Familias carismáticas están comenzando a desentrañar su riqueza y su enorme potencialidad de vida: los carismas fundacionales, más allá de los proyectos históricos en que se han concretado, son ahora reconocidos como dones concedidos a la Iglesia, no a un Instituto, que “*se continúan en el tiempo como viva y preciosa herencia, que genera una particular afinidad espiritual entre las personas*” (ChL 24.3). La teología de los carismas fundacionales se está aún iniciando, aupada por la conciencia renovada que la Iglesia ha adquirido sobre el protagonismo del Espíritu Santo en la misión eclesial.

Sigamos brevemente los pasos que este Protagonista ha ido dando en el relato que va a configurar la pequeña historia, todavía, de las nuevas Familias carismáticas.

2. Así se configura el relato

2.1. Un nuevo escenario

Sin duda, el primer paso del Espíritu ha sido desatar en la Iglesia un proceso de búsqueda de su propia identidad. El resultado ha sido recuperar su esencia de *Pueblo de Dios*: una *Comunión de comunidades* que se distancia mucho de la Sociedad

bien jerarquizada a la que se había reducido. Como viento impetuoso, el Espíritu ha resquebrajado todo un sistema teológico que, con el paso de los siglos, se había ido separando de los cimientos bíblicos para apoyarse más sobre conveniencias de poder y de dominio, sobre la supuesta perfección de unos escogidos frente a la inevitable inferioridad de la mayoría, sobre la importancia de las diferencias antes que sobre la riqueza común.

2.2. *Un suelo común para el encuentro*

Una tarea importante era “poner el suelo” para que este Pueblo pudiera caminar: un suelo sobre el que todos podemos pisar con pie seguro, encontrarnos y coincidir en lo fundamental. En él podemos identificar los siguientes componentes básicos:

- la referencia a los Sacramentos de la Iniciación como fuente y fundamento común de toda vida cristiana;
- la común llamada a la santidad;
- la común y única dignidad, que viene sólo del Bautismo;
- la única misión eclesial, compartida por todos, y de la que todos somos responsables;
- el común derecho, que es también deber, a participar en la misión evangelizadora de la Iglesia.

Sobre ese suelo la vida se desarrolla de otro modo. Para los que venimos de otro suelo, se necesitará un proceso de aclimatación para integrarse en este ecosistema eclesial y ser reconocidos como miembros del mismo.

2.3. *Los pozos se transforman en ríos*

Y ahora viene una de las grandes “jugadas” del Espíritu, una vez recuperado el suelo común: los carismas fundacionales, grandes pozos que estaban guardados y celosamente protegidos dentro de los muros de los institutos religiosos, desbordan ahora esos muros y se convierten en ríos que aspiran a regar la faz de la tierra en una gran superficie que supera nuestras previsiones. Salen de su reserva y se sitúan “*en el centro de la misma Iglesia, abiertos a la comunión y a la participación de todos los miembros del Pueblo de Dios*”¹.

El Espíritu ha reclamado lo que era suyo: Él había hecho nacer cada carisma fundacional con vocación de río, pero se habían quedado bloqueados a causa de un

¹ “*Caminar desde Cristo*”, n. 31. Congregación para los Institutos de Vida Consagrada, Roma 2002.

ecosistema que privilegiaba los muros y los espacios cerrados y exclusivos. Ahora, los carismas fundacionales recuperan su referencia, la fuente común de todos los cristianos, los Sacramentos de la Iniciación, y desde ellos se despliegan por toda la geografía del Pueblo de Dios. Cualquier creyente puede sentirse llamado a participar en un carisma fundacional desde vocaciones y estados de vida que son, en principio, diferentes a aquellos con los que ese carisma se identificó originariamente.

En estos ríos la vida se hace fecunda. Cada uno de ellos representa, ante todo, la vida cristiana, el misterio salvador de Cristo, la buena nueva del Evangelio, y permiten vivirlo en la comunión de la gran variedad de las identidades eclesiales. Pero cada uno de ellos lleva su sabor, la virtualidad característica puesta en él por el Espíritu que lo ha hecho nacer.

2.4. La ardua labor de preparar los actores

Seguramente la tarea más ardua para nuestro Maestro de obra, el Espíritu, ha sido la de entrenar los actores para actuar en este nuevo escenario al que no estaban habituados. Para ello les ha obsequiado a unos y a otros con una experiencia de *éxodo*, aunque, evidentemente, no todos la han aceptado.

En el escenario preconiliar, religiosos y seculares tenían papeles claramente diferenciados:

- en lo que se refiere a la vida eclesial, con ámbitos bien separados y delimitados;
- en la misión, los papeles protagonistas correspondían sin duda a los religiosos/as;
- y en cuanto a la vivencia del carisma fundacional, eso era algo exclusivo de los religiosos/as. Los seculares, cuando participaban en los carismas fundacionales, lo hacían “en tono menor”, como “Órdenes Terceras”, tenían acceso a ciertos aspectos de la espiritualidad de los Institutos religiosos, o colaboraban de modo secundario en la misión de éstos.

El Espíritu ha tenido que someter a unos y a otros a un proceso de aclimatación para poder integrarse sanamente en el nuevo ecosistema.

Los seculares que han entrado en el proceso a través de la espiritualidad, por ejemplo con las tradicionales “Órdenes Terceras”, han tenido que descubrir la misión como el elemento irrenunciable al cual da sentido la espiritualidad, y sin el cual la espiritualidad se queda vacía. Y una vez que se reconocen a sí mismos como protagonistas de la misión que ellos atribuían a los religiosos, descubren también la espiritualidad como algo propio, con la originalidad laical, y no como una copia o una participación abreviada en la espiritualidad de los religiosos.

Los que han entrado en el proceso desde la colaboración en tareas específicas, han tenido que descubrir el sentido profundo de esas tareas, es decir, la espiritualidad que las integraba en la misión. Se sienten primero *colaboradores* de los religiosos; después, *participantes* en la misión de los religiosos (la misión “del Instituto”, se decía); y finalmente, llegan a sentir la misión como propia, *nuestra misión*, porque es la misión de la Iglesia, y la realizan con igual título que los religiosos, unos con otros, al servicio del Reino.

El paso siguiente para los seculares ha sido el descubrir el carisma fundacional que les acogía, como una identidad espiritual no superpuesta a su identidad cristiana, sino como una forma peculiar de vivir la identidad cristiana común a todos los fieles.

Por su parte, los religiosos/as han tenido que hacer el descubrimiento de los seculares, primero como “colaboradores” en la misión, y no sólo como “destinatarios”, y mucho menos como “competidores”. Al tiempo, comienzan a compartir con ellos su experiencia de vida y descubren así lo más específico de la propia identidad: el ser “*expertos en comunión*” y “*guías de espiritualidad*” (cf VC 46 y 55). Poco a poco avanzan de la clausura a la comunión, de “estar aparte *de ellos*” a “ser *para vosotros*”; y finalmente llegan a sentir: “estamos *con vosotros* en la misma misión, y *juntos* somos rostro del evangelio para la sociedad”.

Esta misma dinámica conduce a los religiosos a descubrir el carisma con una visión más global de la que solía tenerse, como su manera de ser cristianos. Esta visión les facilita la coincidencia con los seculares que llegan a vivir ese mismo carisma. Pero también lo descubren como su manera peculiar de ser consagrados, lo cual les da la clave necesaria para situarse en la Iglesia de hoy con pleno sentido de su propio valor y con un papel fundamental para desarrollar en la Familia carismática correspondiente.

2.5. *El carisma fundacional, lugar del encuentro*

Llega el momento del encuentro y la celebración, de sentarse juntos a la mesa y compartir lo que cada uno ha traído.

Cada carisma fundacional tiende a constituirse en lugar de encuentro de diversas identidades cristianas. Naturalmente, hay que conocer este lugar de encuentro para poder darnos cita. Es mucho más que una devoción espiritual en la que se coincide o una tarea apostólica que se comparte. Hoy los creyentes acuden a las orillas de estos ríos, porque en ellos encuentran la posibilidad de calmar su sed y vivir la experiencia a la que se sienten llamados, de participar en la misión eclesial, de vivir el Evangelio, y, en definitiva, de enraizarse en Cristo. Y todo esto lo podrán compartir con proyectos vocacionales muy variados.

El carisma fundacional tiende a armonizarse con muchos otros carismas particulares que le facilitan su encarnación en la realidad, en las diversas formas de vida

cristiana y de la cultura humana, y lo enriquecen con múltiples posibilidades para dar una respuesta más eficaz a las necesidades concretas de la misión.

Utilizaré todavía otra imagen, tomada esta vez de la física. El carisma fundacional es como un poderoso imán, en torno al cual se origina un campo de fuerza en el que se tejen las relaciones entre los miembros de una Familia carismática: religiosos/as, seculares, sacerdotes, y también entre los grupos que la componen. El carisma es como la *sangre* de familia, o dicho con más propiedad, el *espíritu* que da vida a la familia y a sus miembros. Él es el *elemento unificador*, el *punte* que permite el encuentro, la *raíz* de las relaciones mutuas, el *eslabón* que une y diversifica las identidades. La mejor expresión del carisma no se logra en cada persona por separado, sino en el conjunto de los que lo viven.

2.6. *El carisma se renueva y produce nuevos frutos*

Al encuentro y la celebración sigue la creatividad, y en ella el Espíritu no tiene rival. Sus carismas son siempre dones en desarrollo: el Espíritu los actualiza de continuo. El carisma fundacional permite descubrir la misión como lo hizo el Fundador/a: nos hace estar atentos a *una realidad externa* de necesidad o carencia; pero siempre desde *una actitud interna*, la contemplación del designio salvador de Dios, que hace de nosotros sus instrumentos. La acción del Espíritu nos hace sentirnos *impresionados* ante esa realidad y nos impulsa a *reconocerla* como una llamada de Dios.

La *experiencia del Espíritu* vivida por los fundadores se reproduce en sus seguidores, en formas variadas y con distinta intensidad. Y esta experiencia va a dar lugar a diferentes proyectos. O también: se va a verter en diferentes recipientes que le darán forma y apariencia diversa.

A través, pues, del carisma fundacional, vivido en fidelidad creativa, el Espíritu sigue promoviendo la búsqueda de respuestas concretas. La institución religiosa con la que el carisma ha entrado en la Iglesia ha sido una respuesta histórica, pero el carisma sigue vivo y empuja a los religiosos/as y a otros cristianos a actualizar la respuesta en el contexto de la *misión compartida* que corresponde a la Iglesia-Comunión.

2.7. *Iconos de la Iglesia-Comunión*

Así llegamos al resultado final, la Familia carismática, que surge como fruto madurado lentamente a lo largo de este camino diseñado por el Espíritu. Cada Familia carismática se constituye, no como un aglomerado de individuos, sino como comunión de comunidades, a imagen de la Iglesia. Es una respuesta al reto lanzado por Juan Pablo II a toda la Iglesia al comienzo del nuevo milenio: “*Hacer de la Iglesia la casa y la escuela de comunión*” (*Novo millennio ineunte*, 43).

Cada Familia quiere ser una experiencia carismática de esa esencia que la Iglesia postconciliar encuentra en sí misma: *Misterio de comunión para la misión*.

3. Vida consagrada y familia carismática: aportación recíproca

3.1. En el corazón de la Familia carismática

¿Cómo plantear la relación entre vida consagrada y Familia carismática? Sin duda, como aportación recíproca, pero no entre dos elementos extraños, ni dos instituciones paralelas, la una frente a la otra, separadamente; sino desde la comunión, y desde quien está dentro (la vida consagrada) a quien es su contenedor (la Familia carismática). Es en la Familia carismática donde los religiosos y religiosas pueden vivir la experiencia de estar *junto a* los otros cristianos y *en función de* ellos. Y es así también como podrán adquirir una correcta comprensión del sentido de su consagración. Se trata de que la vida consagrada se incorpore decididamente al proyecto de comunión en el que la Iglesia está empeñada, y encuentre en él su puesto al servicio de la común y única misión eclesial.

Junto a la reciprocidad está la “no exclusividad”. Los dones recibidos por la vida consagrada, como por cualquier otro grupo de creyentes, no son exclusivos, no solo porque se reciben para la utilidad común de la Iglesia, sino porque cada uno de ellos llama a la reciprocidad de otros dones, aspira a ser complementado por ellos, y suscita en otros creyentes el eco de dones semejantes, vividos desde estados de vida diferentes (cf VC 31). Lo que hace valioso a un instituto religioso o una comunidad de personas consagradas en el interior de la Familia carismática es que, por su modo de vivir la consagración, la vida fraterna y la disponibilidad para la misión, es capaz de animar a otros creyentes a vivir también esos mismos dones desde su propia vocación y estado de vida.

La imagen del corazón, una imagen vital y dinámica, nos va a servir para comprender mejor estas relaciones.

Juan Pablo II decía en la exhortación apostólica *Vita consecrata* que “la vida consagrada está en el corazón mismo de la Iglesia como elemento decisivo para su misión” (VC 3). De modo similar podemos decir que la vida consagrada debe estar en el corazón de la Familia carismática “como elemento decisivo para su misión”.

¿Cómo se sitúa la vida consagrada en esta relación? O mejor aún: ¿qué requiere de ella la Familia carismática para que la vida consagrada pueda ser un elemento enriquecedor de la Familia? El mismo documento nos orienta cuando dice que la vida consagrada, por su particular forma de vivir los consejos evangélicos, se presenta “*como signo y profecía para la comunidad de los hermanos y para el mundo*” (VC 15). No hagamos, pues, un planteamiento de mucha acción creativa, ni de necesario protagonismo... No se trata en primer lugar del desarrollo de tareas concretas, sino de ser y aparecer como *signo profético*.

3.2. Un corazón que vive para la misión

Decía Pablo VI en *Evangelii nuntiandi*: “La Iglesia existe para evangelizar. Esa es su vocación, su identidad más profunda” (EN 14). “Evangelizar”, en toda su realidad

“rica, compleja y dinámica” (EN 17), es la misión de la Iglesia. No es solo una actividad entre otras; es “dimensión que determina toda la vida eclesial” (VC 25).

Cada carisma fundacional es una respuesta del Espíritu a la pregunta que la Iglesia se hace en su caminar por el mundo y por la historia: ¿cómo evangelizar? Y esa respuesta del Espíritu viene cargada de pistas para avanzar en el camino.

Cada instituto de vida consagrada intenta encarnar lo mejor posible esta respuesta dada por el Espíritu. La misión es lo único que justifica su fundación y su existencia. En la llamada de cada persona consagrada “está incluida por tanto la tarea de dedicarse totalmente a la misión; más aún, la misma vida consagrada, bajo la acción del Espíritu Santo, que es la fuente de toda vocación y de todo carisma, se hace misión, como lo ha sido la vida entera de Jesús” (VC 72). Y el documento *Viva consecrata* vuelve a tomar la imagen del corazón para expresar la relación íntima entre vida consagrada y misión: “*La misión está inscrita en el corazón mismo de cada forma de vida consagrada*” (VC 25).

Por consiguiente, a la vida consagrada presente en la Familia carismática le toca hablar *de corazón a corazón*, para recordar a toda la Familia que “su razón de ser, su vocación, su identidad más profunda, es evangelizar”; que existe para la misión, y que cualquier otra acción u objetivo que incluya su proyecto habrá de tener como meta definitiva el servir mejor a la misión.

Esto es lo que aportan, ante todo, las personas consagradas en la Familia carismática: su presencia es *memoria viva* para todos, de que “*la misión es una pasión por Jesús pero, al mismo tiempo, una pasión por su pueblo*” (EG 268). Y que es Jesús mismo quien “nos toma de en medio del pueblo y nos envía al pueblo, de tal modo que nuestra identidad no se entiende sin esta pertenencia” (id.). Su presencia ha de ser un aldabonazo constante que recuerde, en palabras del Papa Francisco, que “la misión en el corazón del pueblo no es una parte de mi vida (...) Es algo que yo no puedo arrancar de mi ser si no quiero destruirme. Yo *soy una misión* en esta tierra, y para eso estoy en este mundo.” (EG 273).

Labor, pues, de las personas consagradas será el desarrollar y ahondar este sentimiento entre todos los miembros de la Familia carismática. Será clave para que el carisma fundacional no se desvirtúe sino que mantenga su fuerza de atracción en toda la Familia en torno a la misión, en la parcela que se le ha encomendado.

En esta aportación la vida consagrada resulta doblemente beneficiada y de modo inmediato. Al aceptar entrar en esa dinámica de misión compartida en el interior de la Familia carismática, en primer lugar las personas consagradas recuperan o aumentan la conciencia de lo esencial, de aquello que se les encomienda de manera especial en la comunidad eclesial, el hacer presente a Cristo por su testimonio público de consagración, antes que por las obras exteriores. Y en segundo lugar, en adelante ya no harán solos esa otra tarea que les pide el Espíritu, de “elaborar y llevar a cabo nuevos

proyectos de evangelización para las situaciones actuales” (VC 73), sino que podrán y deberán realizarla en colaboración con los demás miembros de su Familia carismática, desde la riqueza de sus diversos carismas.

3.3. *El dinamismo carismático: comunión y profecía*

El corazón late con dos movimientos: *sístole y diástole*. Nos referiremos ahora a este dinamismo doble, con el cual se logra la *tensión de vida* en el interior de la Familia carismática al servicio de la misión, y que también la vida consagrada ha de impulsar en su relación de reciprocidad con la Familia. Sin esa tensión, la Familia puede quedar reducida a una organización de gente piadosa o a una ONG que elabora proyectos de asistencia social.

Comunión y profecía son los dos movimientos en los que se manifiesta la vida del corazón. No basta con uno. Juntos forman un dinamismo que el carisma fundacional produce en las personas y los grupos inspirados por él.

- “*Comunión*” es la fuerza del carisma que reúne, solidariza, crea lazos para compartir la vida sirviendo juntos a la misión eclesial. Tiene su fuente en la comunión de la Trinidad.

- “*Profecía*” es la fuerza del carisma que nos abre los ojos a las necesidades del Reino, que atrae hacia los valores más radicales del Evangelio, que nos empuja a la misión.

Ninguna de esas dos fuerzas se desarrolla con independencia de la otra. Se necesitan mutuamente, se complementan y se reclaman la una a la otra. Pero también es cierto que, en la práctica, la realización de un proyecto carismático puede adoptar uno de los planos, con olvido o reducción del otro, perdiendo o disminuyendo así su potencia carismática.

La relación de identidades religiosos-laicos en el interior de una Familia carismática hay que situarla justamente en este contexto o “campo de tensiones”, formado por los dos vectores: *comunión y profecía*.

Reconozcamos que este dinamismo característico de los carismas fundacionales no se desarrolla de manera equivalente en un modelo piramidal de Iglesia que en una Iglesia-Comunión. Y nos daremos cuenta de la profunda novedad que traen consigo las Familias carismáticas. Queda evidente en la reciprocidad de los signos.

3.3.1. *La fuerza de la comunión*

Cuando nuestros carismas fundacionales comenzaron a desarrollarse en la Iglesia, ésta no se caracterizaba precisamente por la comunión de todos sus miembros,

ni por la misión única y compartida, ni por la común dignidad, ni por la común llamada a la santidad... En esa situación el carisma despliega su fuerza profética promoviendo la sensibilidad ante ciertas necesidades del Reino, y la encarnación de ciertos valores evangélicos, pero casi exclusivamente en una sola línea: la vida consagrada. El impulso de la comunión queda contraído en los límites de la institución religiosa. En la práctica, el carisma fundacional se funde y confunde con el proyecto original de vida consagrada.

Las nuevas Familias carismáticas, criaturas privilegiadas del *ecosistema* Iglesia-Comunión, son ámbitos donde los carismas fundacionales pueden desarrollarse en el plano de la comunión más allá de los límites de las instituciones religiosas. Los creyentes que se sienten convocados para integrarse en la misma Familia construyen un sistema de relaciones basadas en la común llamada del carisma a la misión y la corresponsabilidad de todos en su realización.

En este ámbito la vida consagrada encuentra el escenario ideal para actualizar su *vocación de fraternidad*. Ella “posee ciertamente el mérito de haber contribuido eficazmente a mantener viva en la Iglesia la exigencia de la fraternidad como confesión de la Trinidad” (VC 41). En el interior de la Familia, y desde ella hacia el resto de la Iglesia y de la sociedad, extiende esa vocación. Allí se muestra a los demás grupos de creyentes como *signo de fraternidad*, lugar donde se acoge y se comparte. No se encierra en sí misma, sino que “exporta” comunión, integra en la comunión y se ofrece como lugar de experiencia de comunión.

Cada instituto religioso tiene que concretar este principio dinámico atendiendo a su propia especificidad, pero sin reservas que puedan atribuirse a la desconfianza o al temor a contaminarse “con el mundo”. Ha de tener la iniciativa de promover lazos entre los religiosos/as y los demás miembros de la Familia carismática, lazos que ayuden a compartir la formación, la espiritualidad, el apoyo afectivo, la responsabilidad en la misión, el discernimiento, hasta llegar en determinados casos a la creación de comunidades intencionales.

3.3.2. *La fuerza de la profecía*

El otro vector de este dinamismo carismático es la fuerza profética que hace de la Familia carismática una *Familia evangélica*, porque la empuja a ser signo de un rostro del evangelio que el carisma resalta en particular.

La fuerza profética impulsa a los miembros de la Familia carismática, primeramente, a reconocer y dar valor positivo a los carismas personales, a las diferencias que vienen por aptitudes, capacidades, modos de vida. Pero dentro del conjunto promueve una cultura de valoración de los signos proféticos, los que se salen de lo común: ellos dan vida a todo el conjunto de la Familia, la mantienen alerta, en tensión, en constante superación. La fuerza profética del carisma aviva en la Familia la sensibilidad ante las

necesidades humanas y las urgencias del Reino de Dios, la hace atenta a las llamadas de Dios y de la Iglesia.

En esta dinámica creativa el papel de la vida consagrada es crucial, como fermento y aguijón de todo el proceso. La profecía es una dimensión que define la vida consagrada (cf VC 84). Por esencia, la vida consagrada tiene un pie en el presente y el otro en lo que está aún por venir. Por eso tira de la realidad presente para transformarla en la realidad del Reino, lo que el carisma fundacional quiere lograr. La persona consagrada se compromete públicamente a asegurar que el carisma siga vivo, con sus dinamismos propios, en el proyecto concreto que se desarrolla.

El Instituto, la provincia, la comunidad local de religiosos/as, vela en el interior de la Familia carismática por atraer la atención de todos hacia las características más comprometidas de la misión: la preferencia por los destinatarios más abandonados; la tensión hacia los objetivos más extremos de la evangelización; la referencia y atención al verdadero protagonista de la evangelización, que es el Espíritu Santo. Y lo significa con su propia disponibilidad, su dedicación y su actitud de discernimiento.

La Familia carismática no anula ni suplanta, pues, el papel significativo y profético de la vida consagrada; pero lo hace más completo y creíble, porque lo representa vivido en diferentes formas de vida y situaciones; lo “encuadra” en la comunión de las diversas vocaciones eclesiales.

3.3.3. *Profecía y comunión*

La fuerza profética se conjuga con la comunión. Sin el dinamismo que aquella aporta a esta, el resultado puede ser una Familia carismática “plana”; tal vez con variedad de proyectos, pero cada uno de ellos perfectamente prescindible porque no tiene ninguna riqueza especial que ofrecer al conjunto y, en definitiva, a la misión que justifica la existencia de esta Familia en la Iglesia.

La fuerza profética del carisma llama a vivir con radicalidad y de modo significativo *la comunión para la misión*. Suscita especialmente signos comunitarios, signos institucionales que llaman fuertemente la atención y tiran del conjunto a favor de valores fundamentales de la misión. La vida consagrada es, sin duda, uno de esos signos proféticos, pero ha de suscitar la reciprocidad de otros signos proféticos desde otros estados de vida. Las comunidades de seglares o mixtas que han optado por un proyecto comunitario exigente de vida compartida, se encuentran entre esos signos. Los proyectos de misión a favor de gente especialmente necesitada o que exigen una especial disponibilidad y gratuidad, son también signos proféticos que dan vida a la Familia carismática.

Esa capacidad generativa y mutua interpelación de signos de diversos creyentes, laicos y religiosos, nos da el *tono vital* de una Familia carismática.

3.4. Memoria del Espíritu

Más allá de esos dos movimientos de *sístole y diástole*, de comunión y de compromiso con la misión, la vida consagrada atiende a la vida misma del corazón, la vida que viene de la Trinidad, del Evangelio. Se preocupa, pues, de hacer presente en la Familia carismática la raíz que la sustenta, el Misterio a quien debe remitirse, el Plan de Dios del que ella es instrumento.

Por encima de una buena planificación-organización-eficacia, la vida consagrada debe aportar al proyecto de la Familia signos concretos de que *el primer valor es Dios, el Evangelio, la fe* (cf. VC 25). Tiene que comunicar el hábito de plantear continuamente el sentido profundo de la vida, el hábito de buscar a Dios y de descubrir su acción y sus signos en la historia, el hábito de vernos a nosotros mismos como instrumentos en su obra salvadora.

La vida consagrada es memoria viva del Espíritu en la Familia carismática: memoria inconformista, provocativa, “peligrosa” (J. B. Metz), que trae a la conciencia las acciones de Dios, sus dones y sus llamadas, y se mantiene en apertura activa a las invitaciones del Espíritu (cf. VC 33). Ella tiene también la responsabilidad de promover la *espiritualidad de la comunión* como “un modo de pensar, decir y obrar” que genere comunión y se configure como “*comunión misionera*” (VC 46).

No es teoría lo que se espera de las personas consagradas en la Familia carismática, sino su experiencia sencilla y humilde de cultivar el espíritu. Han de ser “evangelizadores con Espíritu”, según pide el Papa Francisco en *Evangelii gaudium* (nº 259), que ofrecen y reclaman en la Familia carismática espacios para la espiritualidad, para la escucha y la meditación de la Palabra, para encontrar la motivación última que nos empuja a la misión, que es “el amor de Jesús que hemos recibido y la experiencia de ser salvados por Él” (EG 264).

4. CONCLUSIÓN: ¿Aceptamos el reto?

Ser *corazón y memoria*: es el reto que como personas consagradas debemos asumir en el ecosistema eclesial que felizmente nos toca vivir. Es, al mismo tiempo, una apuesta por la vida nueva que representan las nuevas familias carismáticas, y una condición para seguir mereciendo nuestra propia existencia en el interior de estas familias.

Nuestra aportación no es prescindible, pero nosotros sí somos prescindibles si no aportamos lo que la familia carismática tiene derecho a esperar de nosotros como corazón y memoria: el doble impulso de la comunión y la profecía, y esa sensibilidad agudizada que detecta la actuación del Espíritu en nuestro presente convirtiéndolo en historia de salvación para nuestros contemporáneos.